

MAS SOBRE EL CORDERO GERMANICO

Sigamos hablando del manso cordero teutónico, ya que sus panegiristas persisten en querer persuadirnos de su inocencia. Me refiero, en primer término, al último artículo del Sr. Benavente («Don Jacinto», como él, con solemne familiaridad, se llama á sí mismo) en «El Imparcial» de ayer. Yo siento hablar tanto de este respetable señor; pero ocurre que en esta nuestra España son legión los que, no sabiendo ó no pudiendo pensar con criterio propio, aceptan como artículo de fe lo que cualquier personaje popular tiene el capricho ó el desparpajo de decirles. Estoy seguro de que si el Sr. Belmonte fuese germanófilo y escribiese en cualquier periódico de gran circulación, su autoridad como crítico de la guerra no sería inferior á la del Sr. Benavente. ¿Por qué habría de serlo? Pues la autoridad de este señor no descansa en la fuerza de su pensamiento, que en este caso no puede ser más paralítico, ni en la riqueza de sus da-

tos concretos, que harían sonreír á cualquier estudiante del bachillerato, ni siquiera en la elegancia y delicadeza de su estilo polémico, que es de lo más pobre que conocemos. Su autoridad es prebética y procede de un mundo donde el capricho fantástico no tiene límites, al contrario de este otro mundo de la Historia política, donde no pueden crearse arbitrariamente papeles de héroes y traidores. Y del mismo modo que nos levantaríamos á impugnar al Sr. Belmonte si escribiese las «Sobremesas» germanófilas de «El Imparcial», nos levantamos también á impugnar al Sr. Benavente.

Recojamos de su último artículo las pocas líneas que merecen un comentario. Muy satisfecho, como quien arroja una bomba explosiva á la cabeza de un enemigo, se pregunta nuestro hombre: «Con todo el siglo pasado por delante, ¿qué significan dos ó tres guerras alemanas, si Francia cuenta en su activo todas las guerras de los dos Napoleones? ¿Ha habido en todo el siglo nación más guerrera que Francia? ¿Ha habido en el mundo moderno, y si me apuran en el antiguo, imperio más personal, más despótico, más militarista que el de Napoleón I?» El argumento no puede ser más terrible. Es como si el defensor de un hombre á quien se acusa de un delito se volviese á los jueces y al público y les dijese uno á uno: «Tu padre fué ladrón; tu abuelo, negrero; tu bisabuelo, verdugo; una pariente tuya, celestina, y así sucesivamente. ¿De que tenéis que acusar, pues, á este infeliz,

que no ha cometido otro delito que darle á un hombre una puñalada por la espalda?»

Para el Sr. Benavente, todos los pueblos—por lo visto, incluso Bélgica—son imperialistas y militaristas. Ciertamente, ningún espíritu sereno negará que el imperialismo y el militarismo no son sólo patrimonio de Alemania. Pero del mismo modo que en una sociedad de individuos existen algunos que se esfuerzan por hacerla avanzar y otros que se afanan por hacerla retroceder, también en una sociedad de naciones, y eso es Europa, las hay que tienden al progreso y otras al retroceso. La tesis de los que combatimos á Alemania es que su actuación en la sociedad europea contemporánea ha sido regresiva. A esto suelen contestar los que tienen una menguada idea del progreso que cómo puede haber sido regresivo un pueblo de tan formidable desarrollo. Precisamente, por eso. En la revolución industrial de Inglaterra, al doblarse el siglo XVIII, los hombres que individualmente mejor representaban el progreso de la época, los creadores de la industria moderna, fueron socialmente hombres regresivos, en el sentido de que á los hombres, mujeres y niños ocupados en sus fábricas les impusieron infernales condiciones de trabajo, que no se habían conocido ni en el régimen de la esclavitud. Su fuerza personal tendía á destruir la personalidad de sus semejantes. Algo de esto le ha ocurrido á Alemania. Su rápido engrandecimiento nacional ha sido durante el pasado medio siglo un

ataque ó una amenaza constante para las demás nacionalidades. Este desprecio de Alemania por la personalidad de los demás pueblos europeos, por el equilibrio de la sociedad europea, ha culminado al fin en esta guerra, desesperada tentativa de retrotraer Europa á los tiempos de Felipe II y de Napoleón, soñadores de un imperio universal.

Después del período napoleónico, Europa vivió en un régimen de equilibrio que parecía la consolidación definitiva de una armónica sociedad de las naciones europeas. Prusia, con el pretexto de la unidad alemana, fué la primera en romper este equilibrio. Inglaterra y Rusia tenían grandes diferencias de intereses en Asia; pero, después de la efímera guerra de Crimea, los fueron resolviendo pacíficamente. La rivalidad de Inglaterra y Francia en Africa ha sido aguda hasta 1905, y en ocasiones se ha temido la guerra; pero también por esta parte se resolvió pacíficamente la oposición. Durante los últimos diez ó doce años del siglo XIX, Francia é Italia vivieron en gran tirantez de relaciones; pero no se llegó al rompimiento. Y es que en todos estos pueblos, hoy unidos por razones que no deben nada al azar, podía más la idea de la unidad europea que todos los intereses particulares.

Sólo Alemania, con Austria uncida á su yugo, se preparaba para romper esta unidad. No contenta con los triunfos del 64, del 66 y del 70 y con haber consumado la unidad, siguió preparándose para nuevas

conquistas. En 1875 estuvo á punto de repetir la guerra con Francia. Todos los años aumentaba su ejército, que ya era el más fuerte de Europa. Despedido Bismarck, comenzó á construir su marina, que también la ambicionaba la más grande del mundo. Ante esta amenaza visible, los demás pueblos comenzaron á aumentar también sus armamentos, y, temiendo que no bastaran, á establecer alianzas. Fué Alemania la que empujó á Francia en brazos de Rusia, y son ahora los germanófilos los que le censuran esta desesperada resolución de vida ó muerte. Por esta misma razón, Inglaterra se fué inclinando á Francia y Rusia. Pero no sin hacer todo lo humanamente posible por detener amistosamente á Alemania en su desenfundada carrera y por llegar con ella á una inteligencia. Fué Inglaterra la que propuso á Alemania en las Conferencias de La Haya un acuerdo sobre los armamentos. Más tarde envió á lord Haldane á Berlín con idéntico propósito. Hace un par de años, el entonces ministro de Marina, Churchill, propuso un «asunto naval», un «naval holiday». Alemania rechazó en redondo todos estos ofrecimientos, declarando que no quería aceptar límites á su fuerza ni leyes sobre su voluntad.

¡Y el Sr. Benavente dice con admirable aire de candor que Alemania no ha tenido guerra alguna desde el 70! Demos ahora de lado, por incidental en este razonamiento, su intromisión y expansión en Asia y Africa, donde, á fuerza de levantar el puño

con guante de hierro, había adquirido grandes dominios; demos de lado su guerra con los hereros en 1904, no distinta genéricamente de la sostenida por Francia en Marruecos. ¡Ninguna guerra desde el 70, y ha sido Alemania la que impuso á Europa ese terrible peso de la paz armada, digno preludio de la guerra presente! Europa ha vivido en guerra sorda, latente, deprimente, como una tormenta que no se sabe si pasará ni cuándo estallará. Alemania marcaba la pauta de la catástrofe; ella misma forjaba los rayos; por ella tenían que aumentar sus armamentos los demás pueblos; por ella se apretaban las coaliciones entre los pueblos que veían en peligro su independencia y su integridad. ¡Oh, manso cordero germánico! Le repugnaba el respeto, cada vez más creciente, á las nacionalidades, conquista del siglo XIX; le repugnaba la diplomacia como instrumento de inteligencia internacional y de expansión colonial; le repugnaba el derecho de gentes, corolario del respeto á las nacionalidades, como lo hemos visto durante la guerra. Limitación de armamentos, discusiones pacíficas, unión europea, respeto á los Tratados, en suma, cuanto pudiese contribuir á consolidar la sociedad de las naciones de Europa iba contra los designios de Alemania. No se conformaba con ser igual internacionalmente á los demás pueblos, sino que quería ser superior á todos, suprema. No le preocupaba la unión, sino la dominación de Europa.

Ahí tiene el Sr. Benavente la diferencia que hay

entre un imperialismo y otro; entre un militarismo y otro; entre Alemania y el resto de las naciones europeas; entre la Francia de Napoleón I y la Francia de hoy. Alemania, á pesar de su envoltura progresiva, como nación individual es, en la familia de los pueblos europeos, el más retrógado, el que más tiende al retroceso internacional de Europa. Por eso están contra ella todos los verdaderos liberales.

3 de Agosto de 1915.

LA CORRUPCIÓN DE COSTUMBRES

Se ha hablado y habla constantemente del estado de corrupción en que se hallaba Francia antes de comenzar la guerra. Hace pocos días, Dionisio Pérez, con su pluma jugosa y expresiva, tras recoger en «Nuevo Mundo» una página despiadada de Donnay describiendo la degradación de la alta sociedad francesa, atribuía al tango argentino el papel de «la espuma que corona la ola». Tengo á Dionisio Pérez por hombre demasiado culto y sensible para suponer que su filosofía de la historia consiste en dividir á los pueblos en decadentes y en puros, y en reconocer el derecho de los puros á sojuzgar á los decadentes. Pero son muchos los que profesan esta teoría bárbara, y á ellos nos dirigimos. Repetidas veces he oído decir durante la guerra: «Francia, sí, un gran pueblo; pero merecido tiene lo que le pasa; su decadencia había llegado al máximo.»

De este modo se ha querido justificar la agresión de Alemania á Francia. Demos de lado esta doctrina, según la cual un pueblo puro puede y debe aniquilar á otro corrompido. La proposición es demasiado brutal para que merezca siquiera discutirse su valor teórico. Pero concedamos, en gracia al razonamiento, su validez. Y bien: ¿cómo puede afirmarse ó suponerse implícitamente que la corrupción de Francia fuera mayor que la de Alemania? Sin embargo, antes de examinar dónde era la corrupción mayor, en Francia ó en Alemania, veamos lo que suele entenderse por este concepto.

Generalmente, los puristas ó moralistas, al hablar de corrupción, no piensan en los despilfarros de la administración pública, ni en las falsificaciones de industriales y comerciantes, ni en el rebajamiento moral de la personalidad. Si así fueran, los alemanes no podrían pasar como modelos de pureza, pues aunque la administración pública de Alemania suele ser bastante honrada, en cambio, la industria y el comercio falsifican como en ninguna otra parte del mundo, y el alemán, como hombre, dista mucho de estar adornado de las cualidades morales del resto de los europeos. Los moralistas no ven de ordinario otra corrupción que la del sexo. Confirma esto la página de Donnay que transcribe Dionisio Pérez, y que viene á ser una impúdica exposición de mujeres semidesnudas, organizada por iniciativa ó con el consentimiento de sus propios maridos.

Pero ¿era Alemania, en realidad, distinta de esta Francia? Ciertamente, era distinta; pero peor y no mejor, como se imaginan los que tienen una concepción patriarcal del pueblo alemán. Los que han vivido en Alemania conocen las libertades sexuales de ese inocente pueblo, que es, entre todos los europeos, el que acaso más hijos ilegítimos produce, hasta el punto de que existe una poderosísima Sociedad encargada de velar por las madres é hijos abandonados. Esto no lo digo como reproche, sino para que se enteren los que extreman su rigor de moralistas contra Francia. En algunas ciudades alemanas, Berlín y Munich, por ejemplo, la licencia sexual es inaudita. Proporcionalmente, habrá pocas ciudades en Europa donde abunden tanto los cafés de baile, del baile más escandaloso. Y á esos cafés no van sólo los traficantes del sexo, sino apacibles familias burguesas que emanan el más puro aire de inocencia. En Munich hay tres ó cuatro fiestas al año que duran varios días y que brindan ocasión para los mayores excesos. Y una vez al año se celebra en toda Alemania una fiesta por lo menos, la de Navidad, la famosa «Weihnacht», que es una desenfrenada orgía en honor de Baco y de Venus.

Pero no es en este orden, en la relación entre el hombre y la mujer, donde la corrupción ha llegado en Alemania á mayor grado. La gran plaga alemana ha sido el homosexualismo. Aún está fresca en la memoria de todos aquella furiosa campaña de Maxi-

milian Harden, con su ariete periodístico, la revista «Zukunft», contra el grupo de cortesanos que rodeaban al Kaiser, y los cuales ejercían tan gran preponderancia en la política alemana, que ellos contribuyeron á arrojar á Bismarck y se disponían á arrojar á Bülow cuando Harden los arrojó á ellos al ludibrio primero y á la muerte social después. Harden había sido gran amigo de Bismarck, y acaso por eso el destino hizo de él su Némesis. Como terrible baldón para el pueblo alemán, desfilaron ante los ojos atónitos del mundo, bajo el conjuro implacable de Harden desde su revista y ante los Tribunales, aque los semihombres que formaban el círculo de amigos más íntimos del emperador: el príncipe Eulenburg, diplomático; el general conde Kuno von Moltke, comandante militar de Berlín; el conde Wilhelm von Hohenau, primo y ayuda de campo del emperador; el conde Lynar, que fué arrojado del ejército y condenado á año y medio de prisión. Moltke y Hohenau se desvanecieron como el humo. Eulenburg se retiró como á una tumba á un castillo de Liebenberg, donde el kaiser pasaba una temporada todos los años. Tal era la pureza de costumbres en las clases más altas de Alemania. Pero esta plaga no estaba circunscrita á las esferas más elevadas. Quien haya recorrido alguna vez los cafés nocturnos de las grandes ciudades alemanas ha presenciado seguramente escenas que dejan en incolora penumbra á algunas del «Satiación». Yo he leído en alguna parte que sólo en

Berlín había cuarenta prostíbulos de homosexuales.

Se dirá que todo esto no ha impedido á los alemanes demostrar una gran energía viril en la hora crítica. Eso puede decirse también de la nación francesa. De suerte que el argumento de la decadencia, como justificante de la guerra, queda reducido á una patente inexactitud cuando se le aplica contra Francia, y á una futilidad, cuando se supone que esta degeneración de las costumbres extingue el nervio heroico de los pueblos.

Mucho habría que decir de este concepto de la decadencia. El enriquecimiento de los pueblos trae consigo el ocio y el enervamiento de una parte de la sociedad. A la vida del trabajo, intelectual ó material, sustituye una exclusiva existencia de los sentidos, y dentro de ésta, á causa de la limitación fisiológica del individuo, se busca una variedad de placeres que van degenerando gradualmente hasta las mayores aberraciones. Esto ha sido una consecuencia fatal de la evolución económica de cada pueblo, y seguirá siéndolo mientras no se constituya la sociedad humana en forma en que el ocio y desgaste nervioso de algunas clases sociales sean menores. Actualmente, ningún pueblo europeo tiene derecho á arrojar la primera piedra, ni aun Rusia, donde junto á una gran pureza de costumbres, comunes á todos los pueblos primitivos, crece una flora del vicio que nada tiene que envidiar en exuberancia á la de los jardines sociales de Berlín, París y Londres.

Aparte de esto, que es lo capital en este momento histórico, la teoría de que hay que acabar con los pueblos emuladores de Sodoma y Gomorra parece incompatible, en vista de sus raíces semíticas, con gentes que se dicen buenos cristianos. Pero si ha de prevalecer, no debiera empezar el fuego sagrado por la ribera occidental del Rin.

1.º de Agosto de 1915.

EL SIMPLISMO GERMANICO

La gran desventaja de los que idealmente luchan por los aliados en esta guerra es que defienden una idea compleja, mientras que sus adversarios defienden una idea simple. Las ideas, sentimientos y sensaciones simples forman el patrimonio primitivo de los hombres. El progreso del espíritu del hombre y de la Humanidad no es, en último término, mas que eso: el tránsito constante de lo más simple á lo más complejo, de los sentimientos sencillos á los múltiples, de lo concreto á lo abstracto, de las ideas aisladas á las de relación. Por regla general, los germanófilos—hablo únicamente de los desinteresados—combaten por algo simple: en unos es la idea de fuerza que representa Alemania; en otros es el sentimiento de odio hacia Francia ó Inglaterra; en ambos casos, lo rudimentario, lo elemental.

Por su parte, los aliados y sus partidarios defienden una idea que se ha denominado de diversos modos: libertad, justicia, nacionalidad, derecho interna-

cional, civilización, y que, en el fondo, no es mas que esto: principio de comunidad, espíritu de reciprocidad, respeto á la personalidad de los pueblos. Cuando un germanófilo nos dice: «¿Es que Alemania no está civilizada? ¿Es que tal ó cual frase rampona de Sudermann y tal ó cual periódico satírico antimilitarista no demuestran la libertad de Alemania?» Los que tal arguyen no se han enterado de la naturaleza más íntima de esta guerra. A lo sumo, eso demostrará que un alemán está civilizado respecto de otro alemán, que unos alemanes respetan las libertades de otros alemanes, aunque de esto habría que descontar harto más de lo que los conocedores superficiales de Alemania se imaginan. Pero no será suficiente para demostrar que Alemania, como nación, como unidad de la familia europea, respeta en igual grado la libertad de los demás pueblos, ó sea su nacionalidad, su independencia, sus derechos de gentes. Los germanófilos no se han dado cuenta de que en esta disputa no nos importa lo que los alemanes son y hacen de fronteras adentro, sino lo que son y han hecho y están haciendo de fronteras afuera. Lo único que nos importa es su conducta de relación con los demás pueblos de Europa, su actitud ante la unidad ideal europea. Y de igual suerte que es antiliberal un hombre que no acepta sino una relación de superioridad y dominio sobre los demás hombres, decimos que Alemania representa el factor conservador, mejor dicho, regresivo, retrógrado, de

Europa, puesto que no acepta una relación de equidad, de respeto mutuo, con los demás pueblos.

Esto nos lo prueba su historia del último medio siglo, como ya hemos visto. Pero no es necesario quemarse las pestañas buscando argumentos históricos, ejemplos de hechos consumados. Basta con prestar un poco de atención á cualquier hecho ó dicho actual procedente de Alemania. Cojamos, por ejemplo, el Manifiesto publicado por el Kaiser al cumplirse el primer año de guerra. Ahí está al desnudo, en todo su impudor, este espíritu germánico de que hablamos, esta absoluta carencia de la idea de reciprocidad, este desprecio por toda comunidad europea, esta desafortada aspiración á la hegemonía, á un despotismo internacional. Entresaquemos de la maraña retórica del escrito de este gran verbalista algunas frases características. Dice Guillermo II:

«Después de haber estado diez años preparándose para ella (para la guerra) las naciones del Triple Acuerdo, para quienes se hacía Alemania demasiado poderosa ya, creyeron propicio el momento», etc. En la primera parte de lo transcrito se nos quiere hacer ver que los aliados se preparaban desde hace diez años atrás, con el evidente propósito de aplastar á Alemania. Pero á continuación se nos dice que «Alemania se hacía demasiado poderosa ya», esto es, que antes de esos diez años y durante ellos sus preparativos habían excedido á los de los aliados, siendo, en rigor, causa de éstos, pues, sin esa prioridad, ¿cómo

puede afirmarse que «ya» era poderosa? Al Kaiser le parece bien haberse ido haciendo poderoso, pero incuo que los pueblos vecinos se preparasen contra este peligroso poderío.

Luego, afirma que las tropas alemanas «partían para una guerra puramente defensiva». Todo hombre de sana constitución cerebral supondrá que es absurdo «partir» para una guerra puramente defensiva. Un hombre que sólo aspire á defenderse esperará á que le ataquen, y si un pueblo no busca más que su defensa, lo racional es que se haga fuerte en su frontera y allí rechace al enemigo. Pero los alemanes han inventado la ofensiva-defensiva, por lo menos como concepto moral: para defenderse hay que atacar y destruir á aquel á quien suponemos que abriga siniestros propósitos ocultos de atacarnos y destruirnos. Piénsese en lo que sería una sociedad de hombres si se adoptase este principio. Los alemanes «partieron» para defenderse, sin límite fijo, hasta París, hasta Londres, hasta donde fuera menester para asegurar su defensa. La defensa por encima de todo. No importa que haya que matar á media Europa para que los alemanes se sientan seguros. No importa que sea necesario conquistar medio mundo, destruir pueblos y nacionalidades. ¿Quién no se conmueve ante la candorosa inocencia, ante la absoluta justicia de este sagrado principio sintético de una guerra ofensiva-defensiva?

Sigue el Kaiser: «Lo que debíamos esperar nos-

otros, si llegase el enemigo á poder decidir de la suerte de nuestro país y de toda Europa, podemos fácilmente deducirlo en vista de las grandes desdichas que ha tenido que sufrir nuestra muy amada provincia de la Prusia oriental.» He ahí una razón que hace vacilar nuestras convicciones. Realmente, para los que aún admiramos á Alemania con más sinceridad y conocimiento que sus partidarios de última hora, sería un profundo dolor que los bárbaros belgas, por ejemplo, la arrasasen de punta á punta. En cambio, en vista de las dulces maneras, de la corrección casi versallesca con que los alemanes han desfilado por Bélgica y Francia, por la Polonia rusa y por todos los mares, no tiene por qué inquietarnos la suerte de Europa en el caso imposible de que Alemania pudiese decidir de ella. Casi es de desear.

Dice á continuación el Kaiser que Dios está con los alemanes, puesto que los ejércitos enemigos no están aún en Berlín, no obstante haberse envanecido que entrarían allí á los pocos meses. Y respecto de los que anunciaban á cañonazos que entrarían en París á las pocas semanas, ¿está con ellos Dios? He ahí un modo de llevar el conflicto armado al seno del monoteísmo.

Con las siguientes expresivas palabras termina el Kaiser: «Sólo de este modo saldremos honrosamente de esta guerra que sostenemos por el derecho y la libertad de Alemania, dure ella lo que dure, y sólo así seremos dignos de nuestra victoria ante Dios, á

quien rogamos que continúe bendiciendo nuestras armas.» En estas palabras está toda la filosofía del Estado de los gobernantes de Alemania. Ellos luchan por el derecho de Alemania, que nadie disputó, y por su libertad, que nadie atacó. Para ellos, los demás pueblos no tienen derechos ni libertades, ni merecen tenerlos. El derecho y la libertad de Alemania son el sojuzgamiento del derecho y libertad de los demás pueblos. Quien no vea esto, no comprende á Alemania, y quien lo vea y lo defienda es un enemigo común. En cambio, los enemigos de Alemania no tratan de privarla de su derecho ni de su libertad, sino de someterla á los derechos y libertades comunes de Europa. En último término, al hacer esto, luchan por la misma libertad y el mismo derecho de Alemania, pues el primer esclavo de un régimen despótico, nacional ó internacional, es el mismo déspota. Los aliados combaten por una idea de relación; de ahí que quepa difícilmente en el cerebro de los simplistas. Digámoslo de una vez: la actitud ante esta guerra es una cuestión ó de estar mejor ó peor informados, ó de poseer una mayor ó menor capacidad para la percepción de relaciones.

7 de Agosto de 1915.

MAXIMILIANO HARDEN

Hace poco partió de Copenhague la noticia de que por aquella ciudad había pasado de riguroso incógnito, en dirección de Noruega ó Suecia, Maximiliano Harden, el temerario director de la revista «Zukunft». Decíase que iba desterrado de Alemania por defender en su semanario la guerra de Italia contra Austria. Esto presta extraordinaria actualidad á un hombre que no ha dejado un momento de ser actual desde que estalló la guerra.

Más justo sería decir que Harden no ha dejado de ser actual desde que fundó su revista, en 1892. Es el suyo uno de esos temperamentos dotados de un fuerte, de un irresistible sentido escénico de la vida. Para él, la existencia equivale á un vasto escenario cuyas candilejas le atraen irrefrenablemente, como la luz al insecto. A la inmensa mayoría de los hombres les caracteriza la timidez, la desconfianza en sí mismos. Prefieren ser anónimos espectadores—cómodamente sentados en su silla, sin gloria, pero también